

## LA NIÑA QUE LE PONÍA UNA VELA A DIOS Y OTRA AL DIABLO

La noche del pecado encendía las mansiones de Venecia, vistiéndolas de oro y diamantes. La gran fiesta empezaba a cobrar su brillo. Las parejas de invitados venían una tras otra, en un majestuoso viaje en góndola por los canales de agua turbia. La mujer cebra fue la única que se dirigió al gran palacio en solitario. Sobre su desnudez había tatuado la experiencia de la vida: rayas blancas y negras, bandas en las que el bien y el mal se desarrollaban de forma paralela. En el centro del salón de baile, la mujer cebra empezó a bailar requerida por los ángeles buenos y también por los pecaminosos. Por su forma de ser no rehusaba ningún ofrecimiento. No distinguía entre el bien y el mal, con tal de que la susurrasen palabras lisonjeras, llenas de un oropel falso y mezquino. Si los ángeles malos alagaban la belleza de la joven, los buenos callaban en un silencio sagrado. El baile siguió y siguió. Los ángeles malos y buenos se sucedían, como sus compañeros de baile, danzando al ritmo de la gente hasta que se anunció el último baile y la joven, entre un ángel lisonjero y otro que hablaba de Dios con el más puro y sagrado silencio, escogió al falso y mezquino. El ángel negro la sacó hábilmente con su danza del salón y la llevo hacia los límites del jardín. Pocos metros quedaban para caer al canal, lleno de mortífera agua. La mujer iba a ciegas, deleitándose con las consolaciones humanas. Mientras, los ángeles buenos, obedeciendo a Dios, formaron una gran cadena que se iniciaba desde el cielo hasta llegar al ángel de la guarda de la joven. Cuando las falsas lisonjas estaban a punto de convertirse en grandes blasfemias que hundiría a la joven en el canal, su ángel protector, último eslabón de la cadena que formaba la comunión de los santos, la cogió entre sus brazos para que no cayera al canal. Fue

entonces cuando a la mujer se le fueron cayendo las escamas negras de su cuerpo, quedando éste recubierto de una blanca y fina piel, como la de un inocente niño que aún no conoce el pecado.